

Nada tan común como los versos latinos, en que el estilo de Virgilio se baraja con el de Terencio ó con el de las epístolas de Horacio. Aquí diríase que el autor se sirvió constantemente de esas expresiones tiernas y armoniosas que se encuentran en las églogas de Virgilio, Tibulo, Propercio y hasta en algunos pasajes de Petronio que respiran molicie y voluptuosidad.

Estos versos me encantan :

Ridet ager, lascivit humus, nova nascitur arbor...

Y hablando del amor :

Vulnere qui certo lædere pectus amat.

No me dejaré en el tintero este pasaje en que el autor habla de los placeres que huyen al par de la juventud :

Sic fugit humanæ tempestas aurea vitæ,
Arguti fugiunt, agmina blanda, joci.

Y transcribiría sobrados versos si tratara de señalar los que más me agradan por su fuerza y energía.

Mas aunque la obra está llena de fuego y de nobleza, mejor aconsejaría yo á un hombre en quien se albergasen el gusto literario y el talento, que empleara estas dotes en escribir versos franceses. Á los que ventajosamente pueden cultivar las bellas letras corresponde el tributar á nuestra lengua el honor que merece. Cuanto más provistos estemos de las riquezas clásicas, mayor es nuestro deber de trasladarlas á nuestro país. No á los que á Virgilio menosprecian, sino á los que lo poseen, corresponde escribir en nuestra lengua.

Y ahora, mi querido Favières, hablemos de vuestra traducción de *La Primavera*, ó más bien de la imitación libre de esta obra. Las expresiones que empleáis son vivas y brillantes, las imágenes plásticas, y sobre

todo permanecéis siempre fiel á la armonía, sin la cual no hay poesía posible.

Menester fuera recordaros aquí muchos versos, de querer señalar los que han llamado mi atención. Adiós; me voy á un país en que la primavera se asemeja poco á la descripción que de ella trazáis los dos poetas. Dentro de cuatro ó cinco días me iré á Inglaterra, y más lejos que nunca estoy de componer tragedias.

Frangere, miser calamos, vigilataque prælia dele.

JUVENAL, sat. VII, v. 27.

Renuncié para siempre á los versos,

Nunc... versus et cætera ludicra pono.

HORACIO, ep. I, v. 10.

Mas con todo, lejos me encuentro de haberme convertido en filósofo cual el autor del verso precedente. Adiós; con todo mi corazón os quiero, así en verso como en prosa, y toda mi vida seré vuestro.

AL SEÑOR DE FORMONT

O qu'entre Cideville et vous
J'aurais voulu passer ma vie!
C'est dans un commerce si doux
Qu'est la bonne philosophie.

Volved, pues, amables amigos, y filosofemos juntos. No se os ocurra buscar días hermosos á una legua de Ruán; en Normandía no tenéis mes de mayo :

Vos climats ont produit d'assez rares merveilles,
C'est le pays des grands talens,
Des Fontenelle, des Corneilles;
Mais ce ne fut jamais l'asile du printemps.

Si en Ruán hubiera días tan espléndidos como fue-

nos talentos, os aseguro que por allá me quedaría hasta el fin de mi vida, diciéndoos con Virgilio :

. Sol cantare periti
 Arcades. O mihi tum quam molliter ossa quiescant...
 Atque utinam ex vobis unus, vestri que fuissem
 Aut custos gregis, aut maturæ vititor uvæ...
 Serta mihi Phyllis legeret, cantaret Amyntas.
 ECL. X, 32.

Mas vuestro clima carece de *maturam uvam*. Mi traqueteada máquina me obligará á alejarme del pais donde se piensa, para encaminarme en busca de los en que se suda; pero sea cual fuere la región del mundo donde me encuentre, siempre hallaréis en mí un hombre lleno de ternura y estima para vosotros. Con sentimientos tales, mis queridos señores, vuestro seré toda mi vida.

AL SEÑOR LEFÈVRE

SOBRE ACHAQUES INHERENTES Á LA CARRERA LITERARIA ¹

1732.

Vuestra vocación, mi querido Lefèvre, se muestra con harta claridad para resistida. Menester es que la abeja elabore la cera, que el gusano de seda hile, que M. de Réamur diseque á aquélla y á éste, y que vos los cantéis; seréis poeta y literato, más que porque así lo apetezcáis, porque lo quiso la naturaleza; pero os engañáis de medio á medio al suponer que el sosiego será vuestro patrimonio. La carrera literaria, y sobre todo la del genio, es más espinosa que la de la fortuna. Si tenéis la desdicha de ser mediocre (cosa en que yo no creo), el remordimiento de haberla emprendido

1. Esta carta parece haber sido escrita en 1732.

dido sólo se extinguirá con vuestra vida; si acertáis, al punto se interpondrán los enemigos en vuestro camino; caminaréis por el borde del abismo entre el menosprecio y el odio.

Pero me responderéis, ¿á qué odiarme ni perseguirme porque haya compuesto un buen poema, una obra teatral aplaudida, escrito una historia con éxito ó procurado nuevas luces é instruir á los demás?

Si, amigo mío, con eso hay bastante para labrar vuestra desdicha eterna. Doy por supuesto que hayáis ideado una obra buena: pues podéis dar por supuesto que os precisará abandonar el sosiego de vuestro gabinete para solicitar un censor; si vuestra manera de pensar no es la suya; si no es el amigo de vuestros amigos; si acontece que lo es de vuestro rival mismo, más difícil os será alcanzar el privilegio de impresión de lo que cuesta al hombre desprovisto de recomendación femenina conseguir un empleo en la Hacienda. Por fin, al cabo de un año, pasado en negociaciones y entrevistas, se imprime vuestra obra; entonces, hay que hacer dos cosas: ó amansar á los cerberos de la literatura ó hacer que ladren en vuestro favor. Siempre hay tres ó cuatro gacetas literarias en Francia y otras tantas en Holanda, que son facciones diferentes; los que editan estas publicaciones tienen el mayor interés en que sean satíricas, y los que las escriben suministran pasto copioso á la avaricia y á la malignidad pública. Procuráis, pues, que resuenen en vuestro provecho las trompetas de la fama; cortejáis á los escritores, protectores, abates, doctores y libreros ambulantes; mas todos vuestros cuidados no aciertan á impedir que os desuelle algún periodista; le contestáis, replicáis y sostenéis un proceso por escrito ante el público, quien condena al ridículo á ambas partes.

Mayores desdichas os aguardan si escribis para el teatro. En primer lugar empezáis por comparecer ante un areópago de veinte comediantes, gente cuya profesión, aunque útil y agradable, está mal vista por la injusta, pero irrevocable crueldad del público; este desdichado envilecimiento en que yacen los hace hostiles; en vos encuentran un cliente, y os prodigan todo el desdén que los envuelve. Aguardáis de ellos vuestra primera sentencia; os juzgan, miden y pesan, y, finalmente, se encargan de representar vuestra obra; llegado este caso, basta un gracioso de mala indole en el *parterre* para dar al traste con vuestra pieza. ¿Sale á flote? Pues la farsa que llaman italiana, la de los teatros de feria, os parodia; veinte libelos os prueban que no debió aplaudirseos, y los eruditos que entienden mal el griego, y nada leen en francés, os menosprecian ó afectan menospreciaros.

Lleváis luego tembloroso vuestro libro á una dama de la corte; ésta lo entrega á una camarera que, con sus hojas, envuelve sus rizos, y el lacayo galonado que viste librea lujosa, insulta vuestro traje, que es la librea de la indigencia.

En fin, paso porque la nombradía de vuestras obras haya obligado á la envidia á confesar de cuando en cuando que algún mérito os adorna; es todo cuanto en vida podéis esperar; mas ¡de qué modo se venga persiguiéndoos!; se os achacan libelos que ni siquiera habéis leído, versos que despreciáis y sentimientos que no albergáis; es preciso afiliarse á un partido, ó de lo contrario todos se confabulan contra vos.

En Paris hay gran número de salones, los cuales preside siempre alguna mujer que, hallándose en el ocaso de su belleza, hace brillar la aurora de su talento; uno ó dos literatos son los primeros ministros de este pe-

queño reino. Si en él desdenáis figurar en las filas cortesanas, os afiliáis en las de los enemigos, y en este caso sois hombre al agua. Mientras tanto, á pesar de vuestros méritos, envejecéis en el oprobio y la miseria. Los puestos destinados á los literatos se otorgan á la intriga, no al talento; un preceptor ayudado por la madre de su discípulo se llevará el empleo que ni siquiera os atrevéis á mirar de frente, y el partido de un cortesano os arrebatará el cargo que tan bien hubiérais desempeñado.

Que la casualidad os lleve á una de esas reuniones en que haya algún autor silbado por el público, ó alguno de esos semisabios que ni siquiera tienen enjundia bastante para ser autores mediocres, pero que gozan de algún empleo, ó que lograron introducirse en algún cuerpo; pues al instante echaréis de ver, por la superioridad que sobre vosotros afectará, que os encontráis cabalmente encajonado en el grado más infimo del género humano.

Al cabo de cuarenta años de trabajo os determináis á procuraros, mediante los cálculos, lo que al valor real nunca se otorga; como los demás, intrigáis para ingresar en la Academia francesa para pronunciar con voz cascada, el día de vuestra entrada una oración gratulatoria, de la cual nadie se acordará al día siguiente. Esta Academia francesa es el ideal á que se encaminan los deseos de todos los literatos; es la querida á quien se lanzan epigramas y estribillos cómicos hasta el día en que se obtienen sus favores, y á quien luego de poseer se mira como si tal cosa.

No es extraño que deseen pertenecer á un cuerpo donde siempre se alberga el mérito y por el cual aguardan vanamente ser protegidos; pero me preguntaréis por qué todo el mundo habla tan mal hasta que se le admite, y por qué el público, á quien la Academia de

ciencias inspira tanto respeto, considera tan poco á la Academia francesa. Pues bien; la cosa consiste en que los trabajos de la Academia aparecen ante los ojos de todos, mientras que los otros siempre permanecen velados. Todo francés cree saber su lengua y se precia de ser hombre de buen gusto literario, mas no de conocer la física. Siempre serán las matemáticas, para la nación en general, una especie de misterio, y por lo mismo algo digno de respeto. Las ecuaciones algébricas no se prestan al epigrama, al sainete ni á la envidia; pero en cambio se juzgan severamente esas colecciones macizas de mediocres versos, parabienes y arengas, y esos elogios generalmente tan falsos como falsa es la elocuencia con que se recitan. Contraria al ver la divisa de la inmortalidad al frente de tantas declamaciones, las cuales nada anuncian de eterno sino el olvido á que están condenadas.

Muy verdad es que la Academia francesa podría contribuir á fijar el gusto literario de nuestro país; no hay más que leer sus observaciones sobre *El Cid* para convencerse de ello; los celos del cardenal de Richelieu produjeron al menos este efecto excelente. Algunos libros de este género serían de una utilidad palmaria; solicitanse hace cien años de la única corporación que pudiera procurarlos digna y ventajosamente. Quéjense muchos de que la mitad de los académicos sean caballeros que nunca asisten á las sesiones y de que en la otra mitad apenas se cuenten ocho ó nueve literatos asiduos. Á veces sus propios miembros hacen poco caso de la Academia. Mas á pesar de todo, en cuanto uno de los cuarenta abandona este valle de lágrimas, diez ó doce adversarios aspiran á ocupar el puesto que deja vacío; ni siquiera un obispado es más apetecido; vuélase en posta á Versalles, hácese hablar á todas las

mujeres, obrar á todos los intrigantes; tócanse los resortes todos, y los odios más violentos son con frecuencia el fruto de estos desvelos. El primordial origen de esas horribles coplas que para siempre perdieron al desdichado y célebre Rousseau, procede de que no logró conseguir el puesto que en la Academia anhelaba. Si alcanzáis la victoria sobre vuestros rivales, muy luego vuestra dicha vese convertida en quimera; pero si sois rechazado, vuestra aflicción es real y verdadera. En el sepulcro de casi todos los literatos podrían escribirse los siguientes versos:

Ci git, au bord de l'Hippocrène,
Un mortel longtemps abusé.
Pour vivre pauvre et méprisé,
Il se donna bien de la peine.

¿Cuál es el fin de esta plática, ó más bien de este sermón? ¿Apartaros acaso de la senda literaria? En manera alguna; yo no me opongo al destino tan resueltamente; mi única mira fué exhortaros á la paciencia...

AL SENOR BROSSETTE

14 de abril de 1732.

La idea de ser grato á un hombre como vos me halaga extremadamente; pero me complace más todavía vuestra bondad al tener á bien procurarme tan juiciosas correcciones para la *Historia de Carlos XII*.

Nada se me alcanza tan honroso para las obras del señor Despréaux como el que hayan sido comentadas por vos y leídas por Carlos XII. La razón está de vuestra parte al sentar que la sal de sus sátiras apenas podía ser saboreada por un héroe vándalo, á quien pre-ocupaba mucho más la humillación del zar y la del rey

de Polonia, que la de Chapelain y M. Cotin. Por lo que á mi respecta, cuando digo que las sátiras de Boileau no constituyen lo más selecto de sus obras, no pretendo sentar que sean malas; son la manera preliminar de este gran pintor, en realidad muy inferior á la segunda, pero superior á la de todos los escritores de su tiempo, á excepción de Racine. Considero yo á estos grandes hombres como á los únicos que hayan poseído un pincel correcto, empleando siempre los colores vivos y fielmente copiado la naturaleza; lo que en el estilo de ambos compendió siempre mi encanto, es que dijeron sólo aquello que decir quisieron, sin que sus pensamientos costaran nada á la armonía, ni tampoco á la pureza del lenguaje. El difunto señor de la Motte, que escribía bien en prosa, ni siquiera se expresaba en francés cuando hacía versos. Las tragedias de todos nuestros dramaturgos, desde Racine, están escritas en un estilo descolorido y bárbaro; por eso la Motte y consortes hacían los imposibles por rebajar el mérito de Boileau, á quien eran incapaces de igualar. Á lo que oigo decir, hay todavía algunos de esos talentos subalternos que pasan su vida en el café, los cuales honran la memoria literaria de M. Despréaux lo mismo que los Chapelain honraban sus escritos cuando vivía; echan pestes contra ellos porque conocen que si el señor Despréaux les hubiera echado la vista encima, habríanlos menospreciado cual merecen. Mucho me enojaría el que esos caballeretes creyeran que yo pienso como ellos, á causa de la diferencia que establezco entre las primeras sátiras y las demás obras de nuestro autor. Señaladamente participo de vuestro parecer en lo relativo á la novena sátira, que es una obra maestra y de la cual no es más que una imitación algo forzada la *Epístola á las Musas*, del señor Rousseau. Mucho os

agradeceré el envío de la nueva edición de los escritos de este grande hombre, que merecía un comentador como vos. Y si juntamente tenéis la amabilidad de remitirme la *Historia de Carlos XII* (edición de Lyon), experimentaré sumo gusto con poseer un ejemplar.

AL SEÑOR DE CIDEVILLE

25 de agosto de 1732.

Mis queridos y amables críticos: Quisiera que fueseis testigos de los aplausos de *Zaira*, para que vierais que no eché en saco roto vuestros consejos, y que hay muy pocos de que no me haya servido. Soportad, mi querido Cideville, el que con vosotros me entregue con libertad cabal al placer de ver coronado por el éxito lo que mereció vuestra aprobación; mi contento aumenta comunicándooslo; jamás se vió ninguna pieza tan bien representada como *Zaira* en la cuarta representación. ¡Cuánto hubiera deseado teneros á mi lado! Así hubierais visto que el público no detesta á vuestro amigo; aparecí en un palco y me aplaudió toda la gente del patio; me puse encarnado y me escondí; pero aseguro que sería un bribonzuelo de marca si no confesara que me mostré sensible á tan satisfactorio espectáculo. Es grato el no ser difamado en el propio país donde uno nace, y estoy seguro que por ello será mayor para mí vuestro cariño. Y ahora que me acuerdo, ¿en qué piensan vuestras señorías? Hagan presto que *Erifile* llegue á mis manos; la necesito con toda urgencia, porque va á representarse en Fontainebleau. Lo que hace echar mano de un asunto interesante! *Erifile* está mucho mejor escrita que *Zaira*; pero los ornamentos todos, el talento y la intensidad poética, á lo que se dice, no va-

len un rasgo emanado del sentimiento verdadero. Adiós, mis queridos Formont y Cideville.

Quod si me tragicis vatibus inseres,
Sublimi feriam sidera vertice.

HORACIO, lib. I, *Od.*, I.

Os abrazo cariñosísimamente.

AL SEÑOR DE FORMONT

Septiembre de 1732.

Por nuestro caro Cideville, que deja á Ruán, acabo de saber que regresáis. Ignoraba, mi querido amigo y juez disertó, dónde podria atraparos á fin de daros gracias por la muy obligada carta que me enviasteis de Gaillon. Mucho me contraria que sólo vieras la primera representación de *Zaira*: los actores lo hacian mal, el patio estaba revuelto, y yo habia dejado en la pieza algunos descuidos, los cuales fueron rechazados con tanto encarnizamiento, que llegaron á destruir el interés de la pieza; poco á poco hice que los defectos desaparecieran, y el público se acostumbró de nuevo á mi persona. El éxito de *Zaira* se asemeja al de *Inés de Castro*; pero esto mismo me hace temblar, pues mucho recelo deber á los grandes ojos negros de la señorita Gaussin, al mérito de los actores y á la combinación novísima de plumas y turbantes, lo que otro creeria ser hijo de su propio mérito. Voy á corregir la pieza de nuevo, como si la hubieran silbado; sé que el público, que en el teatro es á veces indulgente por capricho, se muestra severo en la lectura á sangre fría, y nada apetece tanto como desdecirse silbando de lo que aplaudió á rabiar. ¡Qué de sudores y fatigas para lograr

esta humareda de vanagloria! Mas, sin embargo, ¿qué haríamos sin el impulso de esta quimera? Tan indispensable es al alma como la nutrición al cuerpo: quiero refundir *Erifile* y *La muerte de César*, ambas piezas en el año actual. Mientras tanto, trabajo en las ediciones que prefiero para una nueva edición de *Carlos XII*, que saldrá en Holanda. Menester ha sido rebajarse contestando á una miserable censura hecha por La Motraye; el hombre no merecia respuesta; pero siempre y cuando que se trata de la verdad y de un abuso del público, hasta los adversarios más entecos deben ser tenidos en cuenta. Cuando me haya desembarazado de aquella labor ingrata, acabaré esas *Cartas inglesas* de que ya tenéis noticia; esto me ocupará un mes cuando más, después de lo cual será preciso volver de nuevo al teatro, y acabar por fin con la *Historia del siglo de Luis XIV*. Tal es, mi querido Formont, el plan cabal de mi vida, la cual consideraré como dichosísima, pasando una parte de ella al lado vuestro; así allanaréis las dificultades de mis tareas, me procuraréis alientos y me aseguraréis el éxito, que de esta suerte será para mí cien veces más caro. ¡Cuánto mayor es el gozo mío de que mi vida venidera se deslice así, tranquila, dulce y ocupada, que si hubiera tenido la desdicha de ser consejero del Parlamento! Todo cuanto me circunda, me confirma más y más en la idea que abundé siempre de no pertenecer jamás á ninguna corporación y de no depender de nada que no sea mi libertad y mis amigos. Paréceme que vos no desaprobáis este sistema, y que no habré menester de predicar mucho á Cideville para que crea lo mismo cuando la ocasión se ofrezca. Acabo de recibir carta suya; pero me dice que se va al campo é ignoro cuál sea su dirección para contestarle. Querédme siempre bien, mi buen

Formont, y que vuestra filosofía sustente siempre la mía con los goces de la amistad.

Á LA SEÑORITA DE LUBERT

Fontainebleau, 29 de octubre de 1732.

Musa y Gracia: Madama de Fontaine-Martel me remitió vuestra carta para que me sirviera de consuelo en este destierro de Fontainebleau, en donde vivo. Veo que estáis al corriente de todas las diferencias mías con el Parlamento y del escándalo que hubo en la corte durante tres ó cuatro días con motivo de una comedia pésima á cuya representación me opuse. Alcancé un crédito superlativo en materia de bagatelas, y obtuve victorias señaladas en cosas en que de nada se trataba. Se han formado dos partidos: uno, compuesto de la reina y de las damas de palacio, y otro, de las princesas y sus adictos: la reina salió triunfante y yo ajusté las paces con las princesas; la cosa no ha costado más que unos cuantos versos mediocres, para el allanamiento de tan importante negocio, y los tales versos parecieron óptimos á las personas á quienes iban dirigidos, pues no hay diosa cuya nariz deje de regocijarse con el olor del incienso. ¡Cuán grande fuera el placer mio de quemarlo en vuestro honor, Musa y Gracia! Pero es preciso disfrazároslo muy discretamente; hay que ocultaros lo que de vos se piensa.

Je n'ose dans mes vers parler de vos beautés
Que sous le voile du mystère.
Quoi! sans art je ne puis vous plaire,
Lorsque sans lui vous m'enchantez!

No, Musa y Gracia; menester es que os acostumbréis

á que os diga ingenuamente que en el mundo no hay nada más amable que vos, y que se anhelaría pasar la vida al lado vuestro para veros y escucharos; menester es que, con vuestro concurso, la corte y el Parlamento sean amigos para que con frecuencia podáis sentaros á la mesa de la señora Fontaine-Martel, pues si permanecéis en Tours quince días solamente, saldrá de fijo á buscaros una comisión del parnaso. La formarán los que hacen versos, los que los recitan, los que los anotan, los que los cantan y cuantos en poesía son disertos; menester será que todo este concurso os saque de Tours, ó que en Tours se establezca con vos. Yo ocuparé mi puesto entre los señores comisionados, y os diré:

Un parlement n'est nécessaire
Que pour tout maudit chicaneur;
Mais les gens d'esprit et d'honneur
Font du plaisir leur seule affaire.
Plaignez leur destin rigoureux:
Six semaines de votre absence
Les ont tous rendus malheureux,
Rendez-vous à leur remontrance,
Et revenez vivre avec eux;
Tout en ira bien mieux en France.

Permitid que ofrezca mis respetos al señor presidente de Lubert, y dignaos honrarme con vuestro recuerdo.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

Me propusisteis, señora, la adquisición de un cargo de caballero en casa de la duquesa del Maine; mas no sintiéndome con la necesaria inclinación para el desempeño de este empleo, vine obligado á esperar otras ocasiones para cumplimentaros. Se dice que con

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1625 MONTAGNEY, MENGE

ese cargo de caballerizo vaca otro de lector, y estoy seguro que en la casa de que hablamos no será un simple beneficio como en el real palacio. De todo corazón anhelaría tomar á mi cargo este empleo; pero tengo á la mano una persona que, con mejores talentos, más juventud y pulmones más resistentes, cumplirá su cometido con mayor lucimiento que yo.

Ved, pues, señora, una buena ocasión de mostrar la bondad de vuestra alma y la de vuestro influjo. La persona de quien os hablo es un joven, el abate de Linant, á quien nada falta si no es la fortuna; para con vos dispone además de una recomendación infalible: es amigo de monsieur Formont, el cual será garante de su talento y buenas costumbres. En esta ocasión no soy más que el precursor de M. de Formont, el cual alcanzará pronto esta gracia de vuestra bondad, y os quedará reconocido cual si yo sólo la hubiera logrado. En verdad os digo que, si colocáis á ese joven, realizaréis una acción llena de encanto; alentaréis el decidido talento que hacia los versos le inclina, disponiendo para siempre de la voluntad de un hombre amable quien todo os lo deberá, y os cabrá la satisfacción de haber sacado al mérito de la miseria para ponerlo en la mejor escuela del mundo. Por Dios os pido que salgáis con bien en este negocio por vuestra propia satisfacción, por vuestro honor, por el de la señora del Maine y por la amistad de Formont, que en mi nombre os lo ruega.

Adiós, señora; vuestro soy, como el abate Linant o será, con el mayor respeto y el más cariñoso rendimiento.

AL SEÑOR ABATE DE OLIVET

Vassy (Champagne).

Mi antiguo maestro (que como sabéis lo sois siempre, y á quien yo quiero cual si no lo fuerais): Sabed que si me hubiera quedado en París os habría visitado á cada instante y que, habiéndome confinado en los verdes campos, es menester que mantengamos epistolar comercio, pues ya nos hallemos cerca ó lejos, deseo que me queráis é instruyáis. Decidme, pues, queridísimo abate, qué fortuna cupo á la *Historia del vizconde de Turena*; dignaos participarme si la *Historia Antigua* de Rollin comienza ya á empalagar un tanto al público. ¿Resuenan en el tablado de Melpómene y Talía bagatelas divertidas ó silbadas? Poned algo al corriente, os lo ruego, á un pobre solitario que

Herculis ad postem fixis' latet abditus agro Armis.

HORACIO, lib. I, ep. I.

Mas si queréis procurarme un placer verdadero, decidme cómo empleáis vuestros ocios. ¿Váis

Inter silvas Academi quærere versum?

HORACIO, lib. II, ep. II.

¿Os ocupáis en filosofía antigua y en modas, ó en la historia de nuestras bellas letras? Si en vuestros rebuscos tropezáis algo que pueda servir á demostrar el progreso de las artes durante el siglo de Luis XIV me procuraríais el más señalado servicio del mundo participándomelo. Todo me sirve: anécdotas relativas á la literatura ó á la filosofía; historia del espíritu humano, ó sea de la estultez humana; poesía, pintura y

música; sé que sois *harum nugarum exquisitissimus delector*.

Como gracia especial os pido que me comunicuéis lo que podáis hallar de no común en esas materias, ó, á lo menos, que me señaléis las fuentes algo recónditas. Paréceme, mi querido abate, que hubiera yo pasado deliciosas horas hablando de esas pequeñeces que me interesan, las cuales, aunque fútiles, no dejan de ser materia de reflexión para quien sabe pensar. Así, pues, mi querido maestro, escribidme amistosamente, *currente calamo et animo*. Considerad que apenas tenéis un amigo de tan remota data como yo, ni que más cariñoso y vivamente os pertenezca, aun cuando sólo desde ayer hubiera empezado á quererlos.

Á M. DE MONCRIF

10 de abril de 1733.

Me es absolutamente imposible salir. Mi salud es tan deplorable, que sería capaz de apiadar á Marivaux el metafísico ó á Rousseau el cínico. ¿Osaré suplicaros que preguntéis á S. A. S. monseñor el conde si consentiría que su nombre figurase en el *Templo del buen gusto*, en caso de que con anuencia mía se publique una nueva edición de esta bagatela? No me permito yo escribir á S. A. S. por tratarse de una obrilla que tantos contradictores halló en su camino; pero si tenéis á bien comunicarme sus intenciones, aguardaré su orden antes de dar ningún paso. Su nombre es tan caro á las bellas letras, que ya no le pertenece: es del todo nuestro; mas yo no me atreveré nunca á servirme de él sin contar con su autorización previa. Os suplico

que le hagáis presente los respetos de un pobre enfermo.

Adiós; como vos mismo, me intereso por el buen éxito de vuestro *ballet*. Sabéis que os quiero de todo corazón.

Á M. DE MONCRIF

Vous savez plaire, aimer, chanter, écrire;
Moi, je n'ai rien qu'un talent mal voulu,
Honné des sots, et qu'on prend pour satire.
Done je verrai mon *Temple* vermoulu.
Vous, vous serez baisé, fredonné, lu,
Claqué surtout, heureux comme un élu;
Et moi siffé; mais je ne fais qu'en rire.

De lo alto de vuestro imperio dignaos, si os place, otorgarme un favor señalado. Ese galgazo de Crebillón hijo ha puesto en manos del singular autor de sus días mi pobre templo para que lo lea y apruebe; y corre la voz de que lo puso en manos de una vieja musa, que es el ama de gobierno de M. de Crebillón, la cual ha confesado que hará llegar el paquete á Bercy. Si no os dignáis ordenar que vuestras gentes se informen de lo que haya, el *Templo del buen gusto* irá con todos los diablos juntos. Más se susurra todavía: asegúrase que M. de Crebillón dejará que sus gatos se coman el templo sosegadamente y que permanecerá mucho tiempo sin leerlo; y hará bien, pues vale más que acabe su *Catilina*, que no que pierda el tiempo leyendo mis guiñapos. Sin embargo, si quisierais apretarle un poco las clavijas le quedaría lugar para leer mi templo y para acabar su divino *Catilina*; así, pues, mi amable Quin-Monc, enviadle cuatro letras; así á vos como á Lull-Brass¹, os deseo el placer que disfrutaremos el mar-

1. Quin-Monc, es decir, Quinault-Moncrif y Lull-Brass, Lullibrassac.